

El otro día ante un comentario que hice a una vieja colega sobre su decisión de inscribirse como voluntaria para coordinar una serie de eventos sociales, me respondió con desbordante resignación: “En esta vida todo sapo muere aplastado”.

Ante tal respuesta y casi como reflejo condicionado, empecé a hacer esas pequeñas observaciones destinadas a hacer la vida un poco menos agradable a todos aquellos que por su propia venia optan por brindar un servicio, aún a sabiendas que posiblemente todas sus acciones sólo terminen convirtiéndola en el blanco de la crítica de algunos.

Tengo que admitir que tengo cierta aversión a las personas voluntariosas. Me dan la impresión que lo único que buscan es notoriedad, aprobación, o llenar algún vacío espiritual de esos que otros suelen llenar con alcohol, drogas o consumismo. Me parece además que muchos, aunque no lo declaren abiertamente, comparten mi opinión. La prueba de ello es la poca participación que vemos a la hora de crear algún tipo de organización comunal que requiera la participación y dirigencia de los miembros. La mayoría de los consultados se abstiene de participar so pretexto de estar muy ocupado o sencillamente “En esas cosas uno siempre termina cayéndole mal a todo el mundo”. En aras de evitar el conflicto eludimos una responsabilidad pero a la vez un derecho: Aquel de gobernar junto a otros nuestro entorno, y porqué no, el simple pero reconfortante placer de decir lo que opinamos. “Haga algo por la patria” diría mi hermano.

Lo que hice a mi colega no es para nada correcto. En vez de apoyarle en su decisión e involucrarme en su trabajo, lo único que pude hacer fue advertirle sobre los peligros a los que se exponía siendo la coordinadora del evento. Después de escuchar mis consejos, ella no pudo menos que darme la razón y responder con el muy conocido refrán sobre el futuro que espera a los sapos en este mundo.

Desde un punto de vista más productivo, y en aras de motivar la participación en cualquier nivel creo que el refrán debería decir “Todo sapo cada día brinca más lejos” (El sapo tiene espíritu de superación), “Todo sapo ama a los demás” (El sapo es un ser fraternal), o “Todo sapo muere por la charca” (El sapo posee espíritu de sacrificio y está dispuesto a llevarlo hasta las últimas consecuencias).

Lo que a continuación presento son un par de ejemplos sobre el espíritu de participación y las consecuencias de nuestros actos. Penseándolo bien hubiera sido más interesante si el motivo de este trabajo fuera el preguntarse

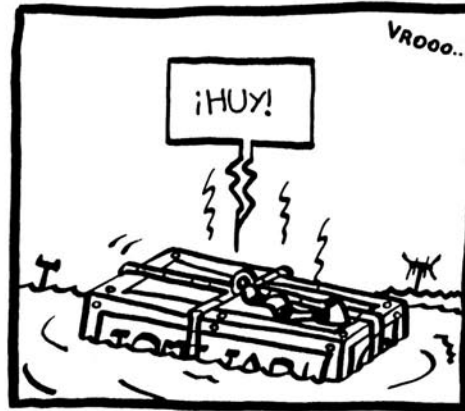
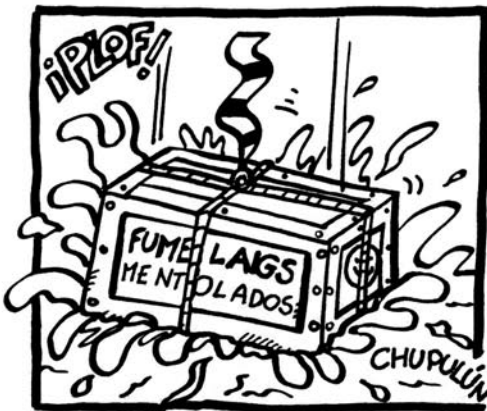
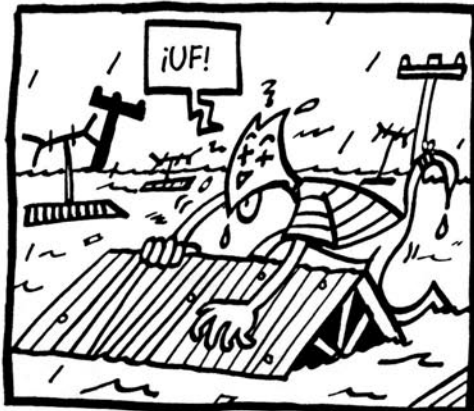
cuales son las motivaciones del sapo. Es probable que si analizamos las cosas desde otra perspectiva nos demos cuenta que la actitud de los “sapos” es productiva desde un punto de vista social y humano (no batracio) y que sus intenciones sean buenas.

Sobre esta última línea debo renegar del discurso anterior: Acabo de acordarme de aquel refrán que dice que “El camino al infierno está pavimentado de buenas intenciones”. Viéndolo bien hasta el mejor intencionado de los sapos no es garantía de lo que ocurra sea en beneficio de alguien, por lo que si bien la desconfianza de la gente es muchas veces infundada, tampoco se les puede criticar por su reticencia a la participación.

Pienso que debería trabajar sobre una serie de historietas sobre lo del “camino del infierno”.

Aunque tal vez no deba hacerlo: No sea que la gente vaya a pensar que soy un sapo.





EN SU CONSTANTE BÚSQUEDA DE TRABAJO, ENCONTRAMOS A NUESTRO INEFABLE GATO EN LAS TORRIDAS E INHOSPITAS PLANTACIONES DE BANANO...

